

LIBRO NOVENO.

¿A DONDE VAN?

I

Juan Valjean.

Aquel mismo día, á eso de las cuatro de la tarde, Juan Valjean estaba sentado, solo, en uno de los declives más solitarios del Campo de Marte.

Ya fuese por prudencia ó por ese deseo de recogimiento que sigue á los cambios insensibles de costumbres que van penetrando poco á poco en todas las existencias, salía á la sazón muy poco con Cosette.

Vestía su traje de obrero con su pantalón gris; la ancha visera de la gorra le ocultaba el rostro.

Estaba tranquilo, y era feliz respecto de Cosette porque se había desvanecido lo que le había asustado durante algún tiempo; pero hacía una semana ó dos que le perseguía una ansiedad de diversa naturaleza.

Un día, paseándose por el boulevard había visto á Thénardier, y gracias á su disfraz, éste no le había conocido; pero desde entonces, Juan Valjean le había vuelto á ver varias veces, y adquirido la certeza de que rondaba su barrio. Esto bastaba para determinarle á tomar una gran resolución.

Estando allí Thénardier, estaban todos los peligros á un tiempo.

Además, París no estaba tranquilo. Las agitaciones políticas ofrecían el inconveniente para todo el que tuviera que ocultar algo de su vida, que la policía andaba inquieta y recelosa, y que buscando la pista de un hombre como Pepin ó Morey, podía muy bien encontrarse como un hombre como Juan Valjean.

Se había decidido á abandonar á París, y hasta la Francia, é ir á Inglaterra.

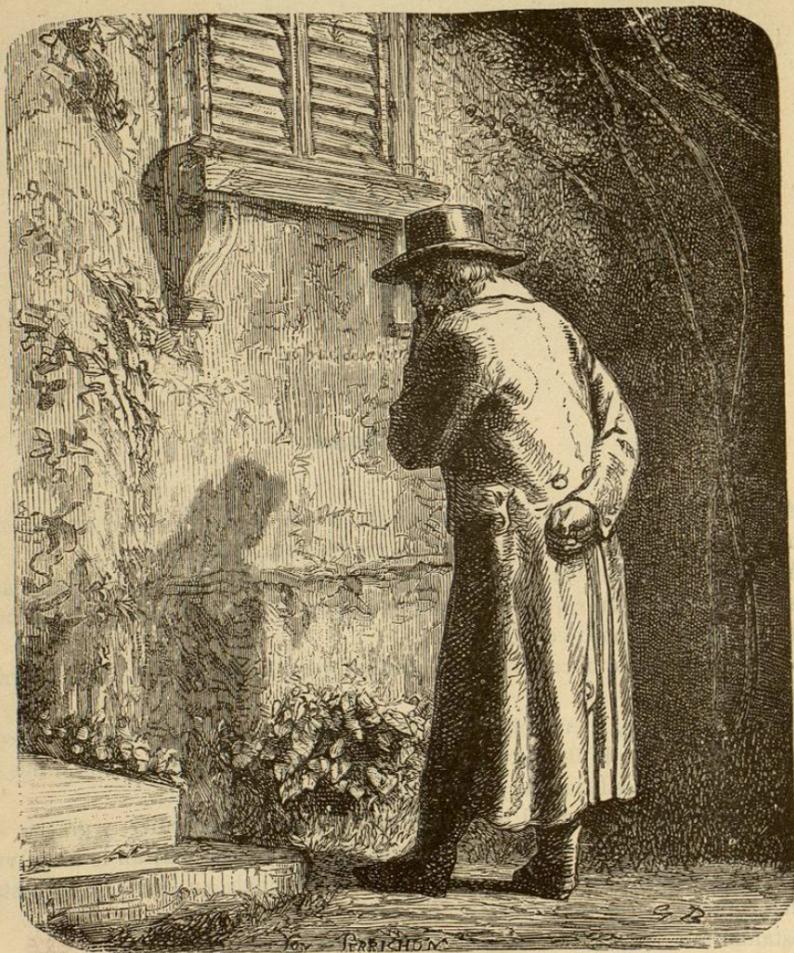
Había, pues, prevenido á Cosette, porque quería partir antes de ocho días.

Estaba, como decimos, sentado en la cuestecilla del Campo de Marte, dando vueltas en su cerebro á toda clase de pensamientos; Thénardier, la policía, el viaje, y la dificultad de hacerse con un pasaporte.

Todas estas cosas le inquietaban igualmente.

Además, un hecho inexplicable que acaba de sorprenderle, y que le tenía aún impresionado, aumentaba su desasosiego.

Aquel día por la mañana se había levantado temprano, y paseándose por el jardín antes de que Cosette hubiese abierto su ventana, había echado de ver este letrero, grabado en la pared, probablemente con un clavo:



“16, Calle de la Verrerie.”

La obra debía ser reciente, porque los perfiles estaban aún blancos sobre la ennegrecida argamasa, y porque una mata de ortigas que había al pie de la pared estaba cubierta de polvo de yeso.

Aquello había sido escrito probablemente durante la noche.

Pero ¿qué era? ¿Una dirección? ¿Una señal para otros? ¿Un aviso para él? En todo caso, era evidente que había sido violado el jardín, y que había penetrado en él algún desconocido.

Entonces recordó los extraños incidentes que habían alarmado ya á la casa;

meditó sobre aquella inscripción y se guardó muy bien de hablar de él á Cosette por miedo de asustarla.

En medio de estos pensamientos se fijó en una sombra que el sol proyectaba, sin duda de alguien que acababa de detenerse en lo alto de la cuestecita detrás de allí donde él estaba sentado.

Iba á volverse, cuando cayó sobre sus rodillas un papel doblado y vuelto á doblar, y como si una mano le hubiera dejado caer sobre su cabeza.

Cogió el papel, lo desdobló, y leyó estas palabras, escritas con lapiz en gruesos caracteres:

“Mudaos.”

Juan Valjean se levantó vivamente; pero nadie había en lo alto del talus. Buscó por todas partes, y descubrió un sér más grande que un niño y más pequeño que un hombre, vestido con blusa gris, y pantalón de pana color de polvo, que saltando el parapeto, desaparecía en el foso del Campo de Marte.

Juan Valjean volvió á entrar inmediatamente en su casa muy pensativo.

II

Mario.

Mario había salido muy trastornado de la casa del señor Guilenormand.

Había entrado en ella con pocas esperanzas, y salía completamente desesperado.

Por lo demás, y cuantos han observado el corazón humano, lo comprenderán, el lancero, el oficial, el nécio, el primo Teodulo, no había dejado sombra alguna en su espíritu, ni la más pequeña nube.

El poeta dramático podría esperar algunas complicaciones de esta revelación hecha á quema ropa al nieto por el abuelo; pero lo que con esto ganaría el drama lo perdería la verdad.

Mario estaba en esa edad en que no se cree nada malo; después viene la edad en que se cree todo.

Las sospechas no son más que arrugas, y la primera juventud no las tiene.

Lo que anonada á Otelo, se desliza sencillamente en Cándido. ¡Sospechar de Cosette! Antes hubiera Mario cometido mil crímenes.

Púsose á andar por las calles, recurso de todos los que padecen, y no pensó en nada de que pudiera acordarse.

A las dos de la madrugada entró en casa de Courfeyrac, y se dejó caer, vestido, sobre su colchón.

Había salido ya el sol cuando se durmió, con ese horrible y pesado sueño que deja ir y venir las ideas en el cerebro.

Al despertarse vió á Courfeyrac, Enjolrás, Feuilly y Combeferre; de pie, con el sombrero puesto, preparados para salir, y muy afanosos.

Courfeyrac le dijo:

—¿Vienes al entierro del general Lamarque?

Parecióle que Courfeyrac hablaba en chino.

Salió de casa poco tiempo después de ellos. Se metió en el bolsillo los dos ca-